

# NEW LEFT REVIEW 102

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2017

## ENTREVISTA

HAZEM KANDIL El Egipto de Sisi 7

## ARTÍCULOS

ROB WALLACE Y  
RODRICK WALLACE Las ecologías del Ébola 45

EFRÁÍN KRISTAL *Facundo* y la novela 59

ANTONIO GRAMSCI JR. Mi abuelo 69

LESZEK KOCZANOWICZ El caso polaco 79

FREDRIC JAMESON Badiou y la tradición francesa 100

## CRÍTICA

FRANCIS MULHERN La idiosincrasia de Burke 120

KATE STEVENS Un ecoinconformista 133

ANDERS STEPHANSON La senda hacia el globalismo 143

NANCY HAWKER Lecciones para fisgones 155

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

**ts**  
**td** traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

Joachim Radkau, *The Age of Ecology: A Global History*, Cambridge, Polity Press, 2014, 546 pp.

KATE STEVENS

## UN ECOINCONFORMISTA

«El movimiento ambientalista ha tenido menor conciencia histórica de sí mismo que cualquier otro de los principales movimientos de nuestra época». A pesar de la inmensa cantidad de literatura sobre el ecologismo en Estados Unidos y de la más vasta aún sobre la ecosfera, sería difícil rebatir el juicio de Joachim Radkau en lo que se refiere al mundo en su conjunto. Hasta ahora, el único relato global por parte de un único autor, ha sido *Environmentalism: A Global History* (2000), de Ramachandra Guha. Aunque elegantemente estructurado, el delgado volumen de Guha –que coloca en primer plano a Gandhi como el principal ecologista del siglo XX: su nombre, citado siempre con su título de santidad, aparece en veinticuatro de las ciento cuarenta y cinco páginas del libro– difícilmente agota el tema. Y, a pesar de que abundan las recopilaciones colectivas, estas, por su propia naturaleza, no abordan los problemas de conceptualización, una topología y una narrativa que debe incorporar quien desee hacer una historia global. Tampoco están obligadas estas recopilaciones a contrastar sus afirmaciones en una variedad de terrenos o de condiciones socioeconómicas. Con *The Age of Ecology*, Radkau pretende situar el ecologismo global en el contexto de la historia mundial y, por lo tanto, también caracterizarlo. Es importante destacar que *The Age of Ecology* termina por ser una historia crítica, que es justamente lo que necesitan los movimientos radicales si quieren ganar una mejor comprensión de su curso. La historiografía del feminismo, por ejemplo, por no mencionar la del movimiento obrero, ha sido perjudicada por una propaganda entusiasta.

Los problemas no son desdeñables. ¿Es siquiera «movimiento» el término adecuado para algo tan amplio e informe como es el ecologismo global, que muchas veces es una convicción más que una práctica, que no solamente incluye fines ampliamente divergentes (conservación de la vida salvaje, carriles bici, paneles solares), sino también agentes aparentemente incompatibles: por un lado, miríadas de confrontaciones locales sobre vertederos tóxicos o derechos de explotación forestal y, por otro, conferencias intergubernamentales, grupos de presión y ONG, comerciantes de carbón? Radkau confiesa que mientras recopilaba material para su libro, «pocas veces la sensación de “solo sé que no sé nada” ha sido tan abrumadora», ni tan despojada de aplomo socrático. No obstante, su currículum como historiador del ecologismo apunta a que él debería estar mejor equipado que la mayoría para emprender la tarea. Su libro *Nature and Power*, publicado en alemán en 2002 y en inglés en 2008, ya nos proporcionó un relato, de carácter vagamente weberiano, que abarcaba milenios, sobre la relación entre los humanos y su medioambiente, que se extendía desde la subsistencia prehistórica hasta el presente. Nacido en 1943, en una pequeña ciudad westfaliana cerca de Bielefeld, en las llanuras del norte de Alemania, Radkau se formó como historiador en Hamburgo, junto a Fritz Fischer, autor de una de las historias alemanas sobre la Primera Guerra Mundial más excesivamente autocondenatorias. La tesis doctoral de Radkau, completada en 1971, examinaba la emigración hacia Estados Unidos posterior a 1933. A continuación publicó, en la década de 1970, un estudio de la política y la industria desde la época de Bismarck y una obra sobre el imperialismo del siglo xx.

Según su propio relato, aunque disfrutó con los aspectos carnavalescos de 1968, la militancia estudiantil del periodo dejó frío a Radkau; pero sintió una afinidad inmediata con la emergente subcultura verde de la década de 1970, que proporcionó la articulación política a su «descontento profundo». El desplazamiento se hizo evidente en el tema de su tesis de habilitación, completada en 1980, que investigaba la formación de la política nuclear alemana de la posguerra, y cuyas conclusiones revelaron un nido de víboras hecho de escaramuzas burocráticas. Su siguiente libro, *Holz* (1987), era una historia medioambiental de la madera a escala completa, desafiando la tesis de que la escasez de madera para combustible había ayudado a espolear el tránsito hacia la industrialización impulsada por el carbón mineral; para Radkau esto era, en gran medida, un pánico espoleado por los dueños de la tierra y los funcionarios estatales, que querían conservar su control sobre los bosques. Después, en 1998, se pasó a la historia cultural, médica e intelectual con un estudio sobre la *belle époque* y publicó *Age of Nervousness*; y en 2005 se atrevió con una biografía psicosexual de Max Weber (reseñada en la NLR 41). Entre los dos libros apareció *Nature and Power*, que proporciona el telón de fondo histórico general para *The Age of Ecology*.

El enfoque de Radkau en *Nature and Power* rehuía la causalidad cronológica para ofrecer una panoplia casi enciclopédica de experiencias locales, dentro de una periodización definida por unas modalidades de poder cuasi weberianas: el alcance territorial de los problemas medioambientales y de las autoridades sociales legitimadas para lidiar con ellos. Esto daba como resultado una división en cinco partes –economías de subsistencia, administración estatal a gran escala, colonialismo, la era industrial, globalización– en la que cada una de estas categorías se extendía transhistóricamente por muchas partes del globo. Así, las ecologías de subsistencia (tala y quema, caza, horticultura) en las que rituales religiosos, paganos o de cualquier otro tipo proporcionan la principal autoridad ambientalista, persisten como un sustrato profundo en periodos posteriores. La gestión estatal a gran escala caracteriza a un amplio abanico de civilizaciones –agricultura de regadío, desde el Creciente Fértil hasta China, Egipto o Perú; plantación en terrazas, desde Java hasta la España medieval–, mientras que los ejemplos de las actitudes colonialistas ante el terreno conquistado se toman del Imperio romano, del Raj británico y del presente estadounidense. La industrialización agravaba los males del intervencionismo burocrático, esa ley por la cual las consecuencias no previstas de las explosivas soluciones administrativas crean inevitablemente problemas aún más inabordables tanto medioambientales como políticos, al extender el alcance del Estado. La Revolución Industrial introdujo igualmente nuevas formas de pensar y sentir la naturaleza. Pero es la era de la globalización, desde la década de 1970 hasta el presente, la que constituye la «ruptura más profunda». Hoy, en un cambio histórico mundial, la sobreabundancia ha reemplazado a la escasez como el mayor peligro al que se enfrenta la humanidad. La explotación ávida del combustible fósil y de las reservas subterráneas de agua, la excesiva fertilización del suelo, la pérdida irreversible de tierra a expensas del asfalto y del cemento, los plásticos que atoran el océano, el turismo de masas y los viajes en avión que saquean las costas y los cielos, todo esto, en opinión de Radkau, se origina en un intento, condenado al fracaso, de generalizar el modelo expansionista estadounidense, famoso por su derroche de espacio y de recursos, convirtiéndolo en un desastre en tanto que palimpsesto de la economía mundial.

*The Age of Ecology*, que se publicó en alemán nueve años después de *Nature and Power*, explora y evalúa las respuestas múltiples de las políticas medioambientales ante esta historia dinámica y crecientemente destructiva. En Europa, el telón de fondo de este pensamiento novedoso fue el avance del capitalismo agrario desde aproximadamente 1750, la privatización de los bienes comunes y el final del antiguo régimen de subsistencia, emparejado con la visión de los nuevos paisajes coloniales, recientemente abiertos en las Indias y en las Américas, como paraísos vírgenes. El «entusiasmo de un Rousseau» habría

sido impensable sin esta experiencia. «La edad moderna en su conjunto ha tenido una relación profundamente dialéctica con la naturaleza: cuanto más sistemáticamente intentaba explotarla, más exactamente la gente aprendió a conocerla y a comprender sus leyes», afirma Radkau. La historia comienza con las nuevas concepciones del mundo natural desarrolladas por los pensadores de la Ilustración del siglo XVIII, cuando, como lo plantearía Montesquieu, la naturaleza se convirtió en «una señora a la que todo el mundo estaba orgulloso de conocer». Mientras que para Guha los pensadores de la primera ola del ecologismo eran predominantemente anglófonos (Wordsworth, Clare, Ruskin, Morris, Muir, Gandhi), Radkau, correctamente, pone en primer lugar a Rousseau y a los primeros románticos alemanes.

La rápida expansión del capitalismo industrial en Estados Unidos, Alemania y Japón, entre 1875 y 1914, se vio pues maridada por una eclosión aún mayor de la conciencia medioambiental, con inflexiones culturales claramente nacionales: infraestructuras higiénicas y acciones en favor de la salud pública en Gran Bretaña, el culto de la naturaleza salvaje en Estados Unidos (Yosemite, el Sierra Club), las ligas antivivisección y las leyes contra la polución en Alemania, las medidas japonesas para la conservación de los bosques. Junto con esto, llegaron las reformas en los estilos de vida, el vegetarianismo, las campañas en contra del *smog*, la invención del muesli. Temas comunes eran la salud –el temor al cólera y al tífus, la lucha contra la contaminación del aire y del agua– y la conservación, mientras que una nueva burguesía anhelante buscaba en la naturaleza un alivio de las tensiones de su civilización industrial. Mientras que Guha describe las décadas centrales del siglo XX como una era de «inocencia ecológica», cuando la fe en la infraestructura y en la productividad industrial no se veía turbada por el miedo medioambiental, Radkau nos da una lectura distinta. Durante la Gran Depresión, el pánico provocado por el largo periodo de tormentas de polvo en la zona de las praderas estadounidenses y canadienses, que causó graves problemas ecológicos y agrícolas –*Desert on the March*, de Paul Sears (1935), fue un superventas–, se unió al utopismo ecotecnológico de los partidarios del *New Deal*. Lewis Mumford loaba la llegada de la energía hidroeléctrica: «El humo negruzco de la industria paleotécnica empieza a despejarse: con la electricidad vuelven de nuevo los cielos despejados y las aguas limpias de la fase eotécnica». Julius Huxley, el eugenista inglés, hermano de Aldous y primer director de la UNESCO, soñaba con el día en el que la energía nuclear fundiera los cascos de hielo polares para mejorar el clima, mientras reconocía que esto tendría la desventaja de que elevaría el nivel del mar unos treinta metros e inundaría las regiones costeras de India y Holanda. En realidad, argumenta Radkau, la construcción de presas que emprendió el *New Deal* y su intento de irrigar el Dust Bowl drenando el acuífero de Ogallala simplemente condujeron a problemas más difíciles de abordar, especialmente en

el período de la posguerra, cuando esos métodos se exportaron a las frágiles ecologías del Norte de África, Palestina o Extremo Oriente por parte de la USAID y los funcionarios de la Food and Agriculture Organization (FAO).

Es ya una convención fechar el nacimiento del movimiento ecologista contemporáneo con la publicación en 1962 de *Silent Spring*, de Rachel Carson, y así lo hace Guha. En la visión más amplia de Radkau, una condición previa histórica mundial era que se iniciara una distensión. El ecologismo se mueve mejor en tiempos de paz y tuvo que romperse el hechizo de la Guerra Fría antes de que sonara por fin la hora de la ecología. Radkau anota toda una serie de acontecimientos, entre 1965 y 1972, que señalan la emergencia de un movimiento ambientalista nuevo y marcadamente autoconsciente: no la publicación, sino el salto a la fama de *Silent Spring*; Vietnam y el empleo por parte del ejército estadounidense del Agente Naranja; el libro de Murray Bookchin (bajo el seudónimo de Lewis Herber), *Crisis in Our Cities*; el Día de la Tierra; «A Fog over Baikal», de Oleg Volkov; el movimiento Chipko en la India; las luchas contra el aeropuerto Narita en Japón; el incendio del río Cuyahoga; el Manifiesto de Arusha, de Nyerere; el desastre minero de Aberfan; la sequía en el Sahel; la victoria de Jane Jacobs sobre Robert Moses; las advertencias de Cousteau sobre la contaminación marina; la acción de protesta de Greenpeace por las pruebas nucleares francesas en los mares del Sur; la foto del «planeta azul» tomada desde una nave espacial estadounidense.

Aunque el espíritu de cambio internacional de 1968 creó «el terreno» para nuevos movimientos sociales a lo largo de varios continentes, *The Age of Ecology* expone que el ímpetu intelectual más poderoso llegó desde Estados Unidos. En 1969, David Brower escindió el Sierra Club para fundar Amigos de la Tierra, y animó a Paul Erlich a escribir *The Population Bomb*; ese mismo año, 1968, contempló la publicación de «The Tragedy of the Commons», de Hardin. Más escorado a la izquierda, Barry Commoner, un militante opuesto a las pruebas nucleares y a la guerra de Vietnam, defendía en *The Closing Circle* que «todo está conectado a todo lo demás». Radkau describe esta ruptura, en particular, como una «nueva Ilustración», un momento de clarificación radical en el que convergencias históricas permitieron a jóvenes idealistas medioambientalistas captar la interconectividad de los problemas de la moderna existencia social y los del medio ambiente natural. Todo aquello que previamente se había considerado como un conjunto de problemas discretos, ahora se entendía como las diversas facetas de una crisis ecológica unificada: la producción y el consumo modernos eran sencillamente insostenibles; la conciencia medioambiental ayudó, por lo tanto, a desencantar la «propia idea de progreso», el mito más resistente de la Ilustración.

Como deja claro *The Age of Ecology*, el nuevo movimiento implicaba desde el principio una serie de alianzas dispares. En Estados Unidos, se produjo un apoyo masivo por parte de los grandes grupos de comunicación

al primer día de la Tierra, en 1970; el MIT y la Ford Foundation ayudaron en la recogida de fondos para la investigación; la NASA apoyó la campaña contra el daño a la capa de ozono; Nixon puso su firma para publicitar la edición de bolsillo de *Silent Spring*. Los instrumentos de mercado para comercializar los derechos de emisión se inventaron a principios de la década de 1970, a partir del programa de limpieza del aire de la Agencia de Protección del Medioambiente de Estados Unidos. Más tarde, poderosos intereses corporativos intervendrían en ambos bandos de los debates antinucleares y los referentes al cambio climático. Radkau recuerda la influyente campaña «Los bosques se mueren» de *Der Spiegel*, alrededor de 1980, mediante la cual los relatos sobre la lluvia ácida producida por la quema de carbón sirvieron para arruinar las eficaces protestas antinucleares de los Verdes alemanes, antes de que el desastre nuclear de Chernobyl volviera a darles el respaldo de la opinión pública; diez años después, señala, los bosques supuestamente condenados seguían tan frondosos como siempre.

De nuevo, volvieron las especializaciones nacionales: presiones y juicios en Estados Unidos, donde los diez grandes nombres del grupo de presión verde llegarían a compartir puerta giratoria con los funcionarios del gobierno y con las grandes empresas; en Brasil o Nigeria, movilizaciones locales dirigidas por activistas como Chico Mendes o Ken Saro Wiwa. Aquí, la conceptualización más perfilada por parte de Guha de un «desafío del Sur» dentro del movimiento global le favorece; traza el «ecologismo de los pobres» en luchas locales desesperadas contra compañías de explotación forestal, intereses mineros, el agronegocio y las grandes empresas petroleras, desde los bosques de Sarawak y las aldeas del Valle de Narmada hasta el Delta del Níger, las mesetas tailandesas y los Andes peruanos. Sugerentemente, también señala una política comparable entre los marginados del Norte global. En Estados Unidos, las comunidades de las áreas urbanas desindustrializadas, desde Love Canal hasta Flint, se han organizado contra los vertidos tóxicos en sus tierras y el envenenamiento de las aguas. Emelle, en Alabama, una comunidad muy pobre y mayoritariamente negra, recibe desde hace mucho tiempo los desechos nocivos de los estados más ricos. Se han arrojado millones de toneladas de desechos de uranio en las tierras de los nativos americanos, donde las cifras de cáncer pueden superar veinte veces la media nacional. Quienes luchan por la salud de sus hijos en estas condiciones estarían «fuera de lugar», como suavemente señala Guha, en las reuniones del Sierra Club o de la Audubon Society. Radkau, por el contrario, trata estas distinciones bajo el principio del localismo: los problemas medioambientales se plantean de manera diferente en las economías avanzadas o en las que están en vías de desarrollo, en las zonas de población densa y en las de población escasa. En las expansivas ciudades del Tercer Mundo, la recogida de basuras y la red de alcantarillado pueden ser

las prioridades; en las regiones áridas, el tema principal es el agua; cada país debe decidir sus propias prioridades ecológicas. Radkau cita la insistencia de un ecologista asiático: «Hay muchos mundos diferentes dentro de nuestro único mundo».

Radkau detecta otro momento decisivo para las políticas medioambientales entre el desastre de Chernobyl de 1986 y la Cumbre de la Tierra de Río en 1992, ya que una serie de factores ayudó a dar nueva forma al carácter del movimiento en la era de la globalización. Primero, Chernobyl y otras catástrofes medioambientales del momento –vertidos petrolíferos, explosiones en plantas químicas, el daño en la capa de ozono, explotación de la selva tropical y sus efectos en la atmósfera– ayudaron a que se extendiera la conciencia popular de la interconectividad de estos fenómenos. Al mismo tiempo, tras la Guerra Fría se experimentó un desplazamiento gradual de los movimientos sociales hacia las ONG, que rendían cuentas ante sus donantes corporativos y ante las fundaciones antes que ante la población local. Esta es una dimensión que se le escapa a Guha, aunque se cubre perfectamente –al menos en el caso de Estados Unidos, donde estas tendencias están más avanzadas– en *This Changes Everything*, de Naomi Klein (2014). En el relato de Radkau, la Cumbre de Río, que supuestamente dejaba paso a una nueva era de protección medioambiental, inauguró en su lugar una transición a un neoliberalismo más verde. Los programas de biodiversidad, el tema principal en Río, fueron patrocinados por los gigantes farmacéuticos y las compañías del agronegocio, que patentaron y monopolizaron la identidad genética de la flora local. El Banco Mundial realizó su «giro verde», proporcionando financiación para iniciativas ecológicas afines al mercado; para los gobiernos y las multinacionales, el latiguillo «desarrollo sostenible» se convirtió en la tapadera retórica que les permitía continuar como siempre. En lugar de los jóvenes activistas de la década de 1970, era más probable que los ecologistas ahora fueran abogados de traje gris, versados en complejas intervenciones regulatorias. Radkau es perspicazmente crítico sobre la manera en la que las exigencias se han vuelto incomprensibles para el ciudadano medio: se han reducido a «expertos mercadeando sobre umbrales de valores». La competencia para lograr financiación y cobertura mediática provocó una tendencia hacia el *ecobluff*, además de un «exceso de regulación», todo ello producto de la actividad de ecoburócratas, que se afanaban por defender su posición.

Mientras tanto, en la serie de cumbres globales, que se han sucedido desde Río a Kioto (1997) y Copenhague (2009), el cambio climático arrinconó cualquier otro tema. Radkau está de acuerdo en que las emisiones de combustible fósil son la causa más probable de la subida de los niveles de CO<sub>2</sub> en el hielo polar, pero comparte con Bert Bolin, que presidía el Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático, su opinión de que



las predicciones han precedido a las pruebas: el calentamiento global era una interpretación plausible de los hallazgos, pero no eran certezas; fue un error no admitir esto, porque permitió que los escépticos acerca del clima se apoderaran del argumento de la «incertidumbre». Radkau se muestra crítico con la tendencia a subsumir problemas preexistentes –carestía de agua, degradación de los suelos– bajo la rúbrica del calentamiento global, cuando es más probable que se deban a causas locales. Una vez más, Guha proporciona un análisis más incisivo, citando la objeción de los países del Sur a Río: si los bosques se iban a poner bajo control «global», ¿por qué no también la extracción de petróleo? Donde el Norte veía la Cumbre de la Tierra como un esfuerzo colectivo para salvar la humanidad, el Sur vio la emergencia de un nuevo imperialismo, con nuevos «condicionantes» que creaban obstáculos novedosos para el alivio de la pobreza y de la opresión. ¿Cómo podrían igualarse las «emisiones de supervivencia» de los pobres con las «emisiones lujosas» de los ricos, el consumo exagerado de gasolina de los todoterrenos con el ganado sediento y los arrozales? Para Radkau, que los activistas del clima se centren en los tratados de las cumbres y en las megaconferencias internacionales es un estilo de política que no lleva a ninguna parte: «Ninguna potencia mundial aceptará restricciones en su actividad económica por consideración a Bangladesh o las Seychelles». Es posible que los acuerdos locales con menos actores implicados sean más eficaces. Las políticas climáticas tendrán una base global solamente cuando se construyan sobre las necesidades vitales de quienes hoy están vivos: las necesidades vitales proporcionan unos cimientos más sólidos para las políticas medioambientales que la preocupación por un futuro no demasiado definido.

Como señala *The Age of Ecology* con amargura, el régimen global instaurado a partir de la Cumbre de Río no es un régimen de protección del clima y de desarrollo sostenible, sino la expansión ilimitada de la privatización y de la desregulación descritas en *Nature and Power*. Los niveles de emisiones son hoy mucho más altos de lo que eran cuando comenzaron las negociaciones para el tratado sobre el clima a principios de la década de 1990. Radkau cita la elocuente descripción del Fórum Mundial del Agua que hizo Arundhati Roy: «Cada discurso fue generosamente salpimentado con frases como “empoderamiento de las mujeres”, “participación del pueblo” y “profundización en la democracia”, y después resultó que todo el objetivo del fórum era presionar para privatizar el agua mundial». Al igual que para Adorno y Horkheimer, la dialéctica de la Ilustración hacía de la razón, en último término, un medio para dominar la naturaleza, que a su vez reaccionaba rebelándose, Radkau parece argumentar que las relaciones de la Ilustración verde con el poder político corren el peligro de conducirnos a una dialéctica comparable de dominación: la conciencia de la finitud de los recursos planetarios puede igualmente alimentar determinadas concepciones

militaristas-imperialistas de «seguridad medioambiental» y atizar la lucha por una parte mayor de un pastel que se encoge. Cuando, no obstante, llega el momento de las conclusiones estratégicas, la montaña de Radkau pare un ratón. El movimiento ambientalista debería abandonar las ambiciones globales en favor de mejoras locales más modestas pero realizables: viviendas de bajo consumo energético, políticas de buena vecindad, transporte público mejorado. Una perspectiva histórica proporciona un antídoto útil contra la complacencia verde, permitiéndonos ver que el presente no es la cumbre de la comprensión ecológica: el siglo XVIII estaba más avanzado en su combinación de un amor por la naturaleza y un amor por el hombre; la *belle époque* lo estaba en su interés dual por la conservación y por los cambios en los estilos de vida; la década de 1930 por su preocupación por la conservación del suelo. La conciencia histórica no solo ofrece una valoración más intensa de lo pasajero aquí y ahora, sino que también, apunta Radkau con esperanza, da un sentido a aquellos momentos en los que la inercia de las estructuras existentes se rompe y lo que antes parecía imposible ahora puede realizarse.

Consideradas en conjunto, *The Age of Ecology* y *Nature and Power* constituyen una contribución notable. Los dos volúmenes contienen una gran riqueza de detalles, fruto de unas amplias lecturas y de viajes de largo alcance. En ambas obras, la insistencia de Radkau en el alcance multidimensional del ecologismo, que comprende suelos, bosques, desiertos, ríos, océanos, flora y fauna, granjas y ciudades, así como emisiones planetarias, ofrece un útil correctivo a una práctica política dependiente de los modelos técnicos, al igual que lo hace su énfasis en las especificidades de los hábitats ecológicos regionales. Pero, a pesar de su cobertura, ninguno de los dos libros es realmente «global»: la cobertura del ecologismo del Sur en *The Age of Ecology* se centra principalmente en los bien conocidos casos de India y Brasil, mientras que el sureste asiático, África y la mayor parte de América Latina están en gran medida ausentes del panorama trazado en *Nature and Power*. Conceptualmente, como hemos señalado, el localismo de Radkau impide una topología más incisiva del ambientalismo en el conjunto del globo. Ignorando su propio precepto de que «la naturaleza humana es parte de la naturaleza», Radkau, como Guha, tiene poco o nada que decir acerca del trabajo, en tanto que proceso que históricamente ha estructurado las transformaciones humanas tanto de la naturaleza como del «hombre». No hay ni una sola palabra aquí dedicada a los cientos de millones de obreros industriales que, generación tras generación, han extraído los recursos naturales y los han moldeado en formas nunca imaginadas; ni al impulso dado a la productividad, que otorgó a un puñado de Estados industriales-capitalistas ese aplastante predominio militar sobre sus rivales.

El militarismo es otra ausencia. Aunque Radkau, naturalmente, concede un espacio a los Verdes alemanes, simplemente borra el belicismo

de Joschka Fischer, que no queda a la zaga del mostrado por Tony Blair: Fischer celebrando, como ministro de Exteriores de la República Federal Alemana, la vuelta de la Luftwaffe a los Balcanes para bombardear Belgrado. Pero el silencio de Radkau es quizá mínimamente preferible a las rapsodias de Guha, quien un año después de la guerra de la OTAN en Yugoslavia alabó el nombramiento de Fischer como ministro de Exteriores como «el punto álgido» y «el mayor logro» del movimiento ecologista hasta la fecha, hermanándolo con Gandhi: a ambos les gustaba hablar de «la belleza de los compromisos» y de «dar un paso después de otro». En último término, la concepción política de los dos autores no es tan diferente. El localismo incremental de Radkau se empareja con la llamada de Guha a un proyecto global de «contención» gandhiana. Ninguno de los dos se enfrenta directamente con los problemas estratégicos planteados por el hecho de que el ecologismo pretende adoptar como su agente a «la humanidad en su conjunto» y, aún así, como nos vuelve a recordar la lucha por la Access Pipeline de Dakota, los intereses de la humanidad siguen estando bifurcados por el poder, la riqueza y la clase. En cualquier caso, leyendo ambos libros a contrapelo, se podrían discernir los comienzos de una política de este tipo en un movimiento que combine el «ecologismo de los pobres» de Guha, en el Norte y en el Sur, con las luchas de Radkau por la consecución de necesidades inmediatas y universales: «agua limpia, aire puro, comida saludable y buen descanso».